



5. BODAS DE ORO de la CASA-ESCUELA

Eduardo Rosillo Carrasco (SA)

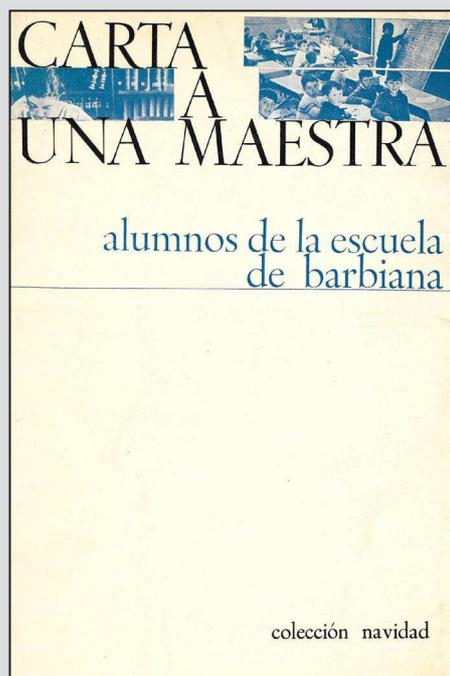
“Ros, 70 años, profesor jubilado, casado con esposa y dos hijos de 38 y 34, solteros y en paro”

La efeméride de las bodas de oro de Santiago Uno ha hecho que *Educar(NOS)* nos pida a los entonces escolapios fundadores escribir algo sobre lo que recordamos de aquellos tiempos y sobre cómo hemos ido viviendo hasta hoy.

Yo me incorporé al proyecto por azar, de manera casi fortuita. Al terminar el curso escolar en 1971 se cerraba el Monasterio de Irache (Navarra) como casa central de formación y estudios de filosofía para los escolapios españoles y paradigma para varias generaciones. Yo estudiaba 2º de Magisterio en la Escuela de Iglesia que allí existía desde hacía tres años. A los jóvenes que allí estábamos de todas las regiones había que reubicarnos en lugares de formación y concretamente a los de Castilla nos ofrecieron varias posibilidades. Recuerdo entre las ofertas el Colegio de Alcalá de Henares, donde fueron José Antonio López y Francisco Nieto, la parroquia de Aluche, donde fue Ramón Honorato y el nuevo proyecto de Santiago Uno, al que nos apuntamos Carlos y yo. Tengo que agradecerle a él que me animara a incorporarme a Santiago Uno, porque la verdad es que no estaba claramente decidido por ninguna opción.

Aquel mismo curso yo había conocido a Corzo, que por algún motivo pasó por Irache, pero no crucé palabra con él. Le recuerdo comiendo en el refectorio con una camisa azul, por lo que debió de ser otoño del 70 o primavera del 71. Debí dejar allí algún ejemplar de *Carta a una Maestra* y Antonio de Lora tenía uno que guardaba como oro en paño y se consideraba un forofo defensor de lo escrito en el libro; y no sé por qué él no se incorporó al proyecto. Puede que sus compañeros de curso Horacio y Carlos Moreno tiraran de él para la naciente Viceprovincia de Andalucía. Al cabo de los años, estuvo en Salamanca, en el Colegio Calasanz, y colaboró bastante con la Casa-escuela.

Yo me puse a la cola para leer el libro con una especie de sensación, entonces bastante frecuente, del morbillo de lo prohibido o de lo



extraño. El día que me llegó el turno lo cogí por la noche y hasta el alba no paré la lectura, aunque no la terminé porque leo despacio. Al otro día venga de hacer preguntas a los que lo habían leído sobre temas que no me sabían responder. Terminé de leerlo y ahí quedó el poso.

En los estudios de Magisterio me había interesado mucho por la Historia de la Pedagogía, sobre todo por los movimientos renovadores de principio de siglo, la Escuela Nueva de Montessori, Piaget, Freinet y otros, pero esto era distinto, la fuerza expresiva del relato, la denuncia de la realidad existente, la clara toma de posición hacia los desfavorecidos y la realidad física de Barbiana despertaron en mí gran interés y deseo de saber más, lo que quedó resuelto en los fecundos 3 años que pasé en Santiago Uno: un punto de inflexión en el antes y después de mi vida personal y profesional. Consignaré algunas impresiones de los comienzos de la casa y hablaré luego de aquel antes y después. Cuando llegamos a Salamanca – verano de 1971 – a Carlos y a mí nos asignaron el Colegio Calasanz mientras terminaban las reformas que con nuestras propias manos llevábamos a cabo durante el día en Santiago Uno. Los desayunos en el Calasanz eran de 5 estrellas y dábamos buena cuenta de la circunstancia, como auténticos pícaros dignos discípulos del Licenciado Dómine Cabra. En la obra conocimos al resto del equipo y al mentor del asunto J. L. Corzo. Duro trabajo con la ayuda de algunos de la comunidad cristiana [aparte los ya citados]:



Juan Antonio de *Plancasa*, Arsenio, Fermín y Teo... y otros amigos de Corzo. Acabada la obra, formamos comunidad religiosa con Antonio Alonso a la cabeza y comenzó el curso con los chicos que venían de los pueblos. La señora Asteria se encargó el primer año de la cocina y, luego, vino Consuelo. Todos las ayudábamos. La convivencia entre los seis resultaba llevadera con los *ups and downs* propios de gente joven compartiendo estudios, trabajos y oración. Cabrera y Diéguez estudiaban Teología y el primero, que era un manitas, se ocupaba del mantenimiento en general. Diéguez de la música y de la economía. Antonio ayudaba mucho a los chicos porque tenía estudios de FP. Era mayor que el resto y tenía un talante tranquilo que catalizaba muchas tensiones que surgían. Carlos y yo hacíamos el último año de Magisterio, que era de prácticas pagadas y las hacíamos los dos en el Colegio Público del Rodríguez Fabrés. Recuerdo que el primer mes cobramos 4.000 pesetas cada uno y llegamos locos de contento tirando los billetes por los aires en la salita de estar. Carlos se ocupaba de los suministros y yo de organizar la limpieza. Los sábados hacíamos un zafarrancho general de barrido y fregoteo de toda la casa entre alumnos y educadores por cuadrillas. Corzo llevaba la gestión pedagógica y daba

clases en la Universidad Pontificia como ayudante de don Olegario González de Cardedal, que bien nos quiso y nos ayudó también en los comienzos. Al año siguiente, por indicación de Corzo me matriculé en Psicología en la Pontificia. Con una beca pagaba mis estudios y también sacaba algo de sustituir a Carlos en el Fabrés, donde se colocó como educador cuando acabó las prácticas. El tiempo transcurría trabajando mucho, estudiando y, sobre todo, con experiencias de crecimiento personal de alto valor. La convivencia fue muy enriquecedora. De todos aprendí y con todos compartí alegrías y penas. Con Carlos compartí más y de quien más aprendí fue de las habilidades de Cabrera, aparte de la filosofía y pedagogía Milani que emanaba de Corzo.

Podría relatar cantidad de anécdotas y chascarrillos, que los que me conocéis ya sabéis lo aficionado que soy, pero centraré mi relato en la experiencia artística del *collage* del pasillo de arriba: una versión del pantocrátor de Sant Climent de Tahül. La idea se me ocurrió a mí y no es original, porque en Irache habían hecho algo así los de dos cursos anteriores al mío (Horacio, C. Moreno y A. de Lora guiados por el catalán p. Andrés Trilla). Cabrera lo dibujó sobre un papel marrón de envolver sujeto a la pared y pedimos a los de la comunidad cristiana y a



Monasterio de Irache (junto a Estella, Navarra)



mis compañeras de Psicología revistas en color, que escaseaban. Según llegaban, con un grupo de chicos las hacíamos cachitos que pegábamos con cola de empapelar y recuerdo que no les gustaba mucho esta actividad. Del rostro, lo más difícil, se encargó Cabrera en la mesa de su cuarto y cuando lo compuso sobre una lámina lo pegamos. Tras más de un año quedó terminado para admiración y elogio de cuantos lo contemplan. Hace unos años se restauró y allí sigue en todo su esplendor.

En febrero de 1972 falleció mi padre en un accidente de trabajo con 48 años. Yo era el mayor de los hijos, con 21, y tenía dos hermanos de 16 y 13. Me tocó hacerme cargo de la familia. La economía rural familiar era de supervivencia. A mi hermano, que ayudaba a mi padre en el pueblo, lo trajimos a Santiago Uno a estudiar Automoción y a mi hermana la mandamos a Tortosa con un tío cura hermano de mi madre y allí estuvo estudiando un año. Al siguiente me ofrecieron una Escuela a 20 km de Salamanca, Huerta, y fue el momento de pensar en el futuro. Dejé Santiago Uno y la Orden escolapia, alquilamos una casa en Salamanca y se vinieron mi madre y mi abuela del pueblo y mi hermana de Tortosa: nos juntamos toda la familia. Yo seguí en la comunidad de base de Santiago Uno y mantuve comunicación con la Casa-escuela hasta que en 1975 nos mandaron a Carlos y a mí con destino forzoso a Bilbao.

Sobre el **antes** de Santiago Uno, diré brevemente que mi vida se ciñe a los aspirantados escolapios en Villacarriedo (2 años) y en Getafe (4), al noviciado en Peralta de la Sal (Huesca) y a 2 años en Irache. De todos esos sitios y de los formadores solo guardo buenos recuerdos y sincero agradecimiento. En esa foto el año pasado en Villacarriedo quien lea el pensamiento constatará que pasa por mi mente aquella sentencia atribuida a Catón: *Senex in patria revertor, unde pueri exivi*.

Y sobre el **después**, reitero que Santiago Uno es un referente fundamental en toda mi vida profesional. Los principios de *Carta a una Maestra* y otros dos libros de Francuccio Gesualdi, el exalumno de Milani – *Norte- Sur: la fábrica de la pobreza* y *Carta a un consumidor del Norte* – han sido mi biblia como profesor. Esas tres obras contienen elementos más que sobrados para orientar actividades como la lectura del periódico, representaciones teatrales, escritura colectiva,

creación de historias y formación en valores. Para mí, una fuente inagotable de recursos. No sé si hoy, con este laberinto social, tanta red y tanto *influencer* me servirían para interpretar la realidad con los alumnos. Quiero pensar que sí. De maestro estuve 2 años en Huerta (SA), otros 2 en Bilbao, uno en San Cristóbal de los Angeles (M) y 25 en Protección de Menores y 10 en Garantía Social ya en Salamanca. Casi siempre con alumnos “difíciles”, para otros, que no para mí.

En los más de 30 años salmantinos formé parte de un grupo de profesores que semanalmente intercambiábamos experiencias y cómo acercar la escuela a la vida. Me jubilé en 2011 y soy secretario de *Amigos del Camino de Santiago* que facilita el camino a los peregrinos de la Vía de la Plata y organiza marchas de grupos de más de 50 personas por caminos peregrinos. Durante el confinamiento puse en orden mis archivos y pasé al ordenador los escritos colectivos de teatro para títeres y personajes que hicimos y representamos en la escuela durante mi vida laboral: en total 15 títulos de unos 20 minutos. He acabado inglés en la Escuela de Idiomas, me dedico a la familia y a los amigos, a trabajos bricolajeros y a cuidar un huerto con conejos y gallinas, por afición. Eso que tengo ganao. Mis mejores augurios para Santiago Uno y el deseo de que los próximos 50 años sean tan intensos, productivos y provechosos como los pasados.

